

*Configuraciones regionales mexicanas. Un planteamiento antropológico* (T. I.)

Andrés Fábregas Puig

Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado de Tabasco-

Centro de Estudios Democrático, Económico y Social de Tabasco, 2010.

CECILIA LEZAMA

Este es el primer tomo de tres que compilan la investigación antropológica de Andrés Fábregas Puig durante el periodo que abarca de 1967 a 1982. Se trata de muchos años de experiencia de investigación, que de manera recurrente confluyen en estudios en torno a la conformación cultural de distintos territorios a lo largo y ancho de México. Este volumen aborda los estudios realizados en Chalco-Amecameca-Cuauhtla, Los Altos de Jalisco y la región de Jalapa.

El libro es el resultado de una reflexión sobre su propia trayectoria en el oficio como antropólogo, que al volver sobre sus pasos reencuentra la lógica de los procesos de regionalización y nuevas vetas para el análisis y comparación de tales procesos. Pero lo realmente interesante de su narrativa es la forma como va entretejiendo su propia trayectoria profesional con la trayectoria de la antropología en el México del siglo pasado. Bajo esta reflexión enmarca las

teorías que guían y respaldan el estudio de cada región, exponiendo los antecedentes que condujeron a conformar algunas de las escuelas de pensamiento que ahora son clásicas en la antropología social.

Con este objetivo se da a la tarea de conjugar diferentes elementos que forman parte del contexto histórico y vivencial en el que transcurrieron las diferentes investigaciones. Cada capítulo va precedido de una referencia a la coyuntura en la que se desarrolla la investigación, tanto en cuanto al momento de su propia práctica profesional y de los estudiantes que participaron en ellas, como en lo que respecta a las discusiones en torno a las teorías, enfoques y métodos que prevalecían en los círculos académicos y que incidieron de manera decisiva en su quehacer antropológico.

El análisis regional incluye un apartado sobre el ámbito geográfico, el

pasado complejo y el presente etnográfico, que en conjunto explican el devenir de cada región. El ámbito geográfico y ecológico constituye el sustrato territorial que permite delimitar la región y entender las estrategias adaptativas de cada uno de los grupos étnicos que lo habitan. Le da una especial atención a los factores socioculturales que inciden en la transformación de la región a lo largo del tiempo, considerando tanto la historia de estos pueblos, como el lenguaje común, sus formas de organización social, económica, política y religiosa. Es esta visión de periodos de larga duración la que permite entender la evolución y las transformaciones de los pueblos.

A través de su inmersión en los estudios de cada área, el autor revisa las diferentes connotaciones que los antropólogos han dado al concepto de región, pasando desde la perspectiva del indigenismo, cuando la regionalización respondía a exigencias de una política práctica, hasta la perspectiva que provee la ecología cultural. De hecho, la ecología cultural se convierte en el hilo conductor que explica la estructuración de cada región a partir de los procesos adaptativos y el seguimiento de los cambios introducidos en el transcurso de siglos.

La región de Chalco-Amacameca-Cuauhtla es un ejemplo muy representativo de las grandes transformaciones que ha sufrido un territorio. A la luz de la ecología cultural le fue posible analizar «...los cambios introducidos desde el régimen colonial, hasta llegar al caos actual, donde el sentido común brilla por su ausencia» (p. 81). El autor menciona que la región sufrió varias desestructuraciones en su historia, comenzando con el establecimiento del régimen colonial que dio lugar a la desaparición del lago de Chalco, lo que cambió «radicalmente la ecología cultural local» que sustentaba las actividades de pesca, intercambio comercial ribereño y los patrones de asentamiento prehispánicos. Durante mucho tiempo éste fue territorio de grandes haciendas donde se promovió la agricultura de plantación con el cultivo de caña de azúcar, principalmente. Posteriormente señala una segunda desestructuración regional durante el siglo xx, que deviene «con la desaparición del mundo rural», del suelo agrícola y del campesinado, en virtud de los procesos de expansión urbana de la ciudad de México. A partir de allí aborda el presente etnográfico de la región de Chalco caracterizado por «el desorden provocado por las adaptaciones mal adaptantes», donde los proble-

mas sociales incluyen aglomeraciones humanas, crisis de agua, deforestación, falta de servicios públicos. Esta dinámica cambió por completo la configuración regional tanto territorial como culturalmente hablando.

El análisis de la región ranchera de Los Altos de Jalisco abarca un periodo de investigación de seis años, entre 1970 y 1976. Dicha investigación inició como parte de los trabajos de tesis de los alumnos de la licenciatura de antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Ixtapalapa. El estudio llevó al autor a sostener en que justamente en Los Altos de Jalisco se puede aplicar la «teoría de frontera». Este fue el resultado de mantener el interés en aplicar el análisis de «la ecología cultural como un indicador de la formación de fronteras» (p. 160). En la medida que el contacto entre sociedades con ecologías culturales diferentes genera rasgos culturales particulares, se configura una región o una sociedad de frontera. A la par, el grupo se guió por las tesis de la ecología cultural política, enfocadas a analizar las estrategias de adaptación que se vinculan con los intereses dominantes capaces de influir en las estructuras del poder político local.

La historia de la configuración de Los Altos de Jalisco como región de

frontera atiende, en principio, a las características geográficas, cuyas condiciones climáticas y orográficas delimitan tajantemente el territorio, los tipos de asentamiento, las formas de organización social y estrategias de adaptación de los pobladores para sobrevivir en un área que no era la más apta para la agricultura. La historia de la colonización española muestra cómo esta región se convirtió en una zona de reserva y de contención de los indígenas rebeldes. Además, las técnicas agrícolas introducidas por los tlaxcaltecas durante el periodo de la colonización permitieron convertir a Los Altos de Jalisco en una zona proveedora de productos ganaderos y agrícolas para las explotaciones mineras del norte. El tipo de asentamientos, las formas de tenencia de la tierra, la organización social en grupos extensos de parentesco dieron lugar a estructuras de poder muy fuertes que consolidaron lo que Fábregas llamó la «hacienda alteña». Entre todos estos antecedentes se finca la trascendencia que tuvo la guerra cristera en esta región, misma que afianzó la identidad regional de Los Altos de Jalisco bajo el dominio de rancheros descendientes de los colonos españoles.

El último capítulo aborda la configuración de la región ubicada alrededor

de Jalapa, Veracruz, a partir del papel que juegan las haciendas, las plantaciones y el ganado en la conformación histórica del poder, enfatizando los procesos locales y regionales, así como su articulación con el proceso de centralización (p. 235).

La investigación de esta región veracruzana se llevó a cabo a la luz del método de la ecología cultural en los años setenta, bajo la influencia de las corrientes ideológicas que privilegiaban el análisis regional para descubrir la pluralidad cultural así como la variedad de formaciones políticas en el nivel local. Justamente en esta región se concretan estructuras de poder y relaciones políticas que se fincan en el contexto local, pero que se extienden en el nivel regional y nacional. Desde esta perspectiva, el trabajo sobre Jalapa y su región también permite al autor incursionar en el análisis de la formación de la nación, de la cultura nacional y del Estado (p. 243).

Jalapa se constituye como centro regional-centro rector, derivado de la formación colonial novohispana, territorio que inicialmente estuvo habitado por pueblos nahuas y totonacas, cuya organización social se basaba en las relaciones de parentesco, el cultivo y la propiedad comunal. Durante el régi-

men colonial se introdujeron cultivos comerciales que dieron lugar a la proliferación de comerciantes, ganaderos y hacendados. En este contexto, la hacienda se volvió proveedora de productos agropecuarios para el mercado regional e internacional. Fue así como Jalapa ejerció el control de estas actividades, convirtiéndose en el centro rector de la actividad productiva, y por ende, «en sede del poder político, de la administración pública y del comercio a gran escala» (p. 256).

No obstante que con el tiempo se desarrollaron ciudades medias que dieron lugar a un nuevo reordenamiento social y espacial, permaneció la hacienda, el comercio, la renta de la tierra y las instituciones políticas bajo el control de los círculos locales de poder. La consolidación de este orden social se mantuvo a pesar de los cambios introducidos por la reforma agraria, cuando la hacienda se convirtió en ejido. Así lo muestra el autor con la historia de la hacienda ganadera de Tuzamapan, que mantiene en esencia su organización social y económica, así como costumbres coloniales en las relaciones de trabajo hasta bien entrado el siglo xx. El recuento de este estudio de caso y el de la Hacienda Tepeapulco-Nevearía revelan el magnífico trabajo etnográfico realizado por Fá-

bregas para explicar desde una perspectiva micro regional cómo se articulan los procesos macro regionales.

El texto es especialmente didáctico. Está dirigido a los estudiantes con la idea de estimular el aprendizaje mediante el diálogo continuo de la teoría y la práctica directa en campo, apoyado en las técnicas antropológicas de in-

vestigación. Cada capítulo incluye referencias importantes a los métodos y técnicas de investigación aplicadas en el intenso trabajo de campo que Andrés realizó en las regiones mencionadas. Los anexos intercalados al final de cada capítulo incorporan valiosa información vertida en los diarios de campo del autor.

